

victoriana. Pero de haberlos examinado, ustedes no tendrían mucha confianza en el método de du Piles.

No, no acaricio tan vanas esperanzas: el valor de mi método es atajar de inmediato la respuesta del me gusta o no me gusta ante la obra de arte en su totalidad, la cual, como hemos visto, es muy probable que redunde en imperfecciones en nuestro aparato receptor igual que cualquier cosa en la misma obra de arte. Es posible, creo, que por medio de tales métodos evitemos nuestros prejuicios y predilecciones y adquiramos una pasividad más alerta en nuestra actitud. Y es por medio del cultivo de tal actitud que mejor podemos, creo, incrementar la delicadeza y la sensibilidad de nuestra recepción de los mensajes de los artistas presentes. Lo que importa es la cabalidad, la riqueza y el significado de nuestros sentimientos ante las obras de arte; los juicios que sacamos de ellas sólo son de valor en la medida en que puedan indicar a otros la posibilidad de experimentar emociones semejantes. Hagamos lo que hagamos no hemos de alcanzar un patrón de validez objetiva. Es mejor que permanezcamos como los fieles súbditos de su silenciosa Sereñidad, el rey Leño.

...el valor de mi método es atajar de inmediato la respuesta del me gusta o no me gusta ante la obra de arte en su totalidad, la cual, como hemos visto, es muy probable que redunde en imperfecciones en nuestro aparato receptor igual que cualquier cosa en la misma obra de arte.

Mi padre Garibay*

Salvador Novo

Sus ojos fulgurantes encerrados en los anteojos de hierro, su gesto oculto debajo de la barba florida, sus manos blancas, grandes, nerviosas; su voz, con inflexiones pueblerinas cuando conversaba, con elevaciones de sermón al dar una conferencia.

Sus berrinches explosivos, la sonrisa apaciguada en sus ojos. “Este es de los que llegan tarde, pero furiosos” —dijo al cerciorarse de que iba en serio mi empeño de aprender el náhuatl—.

* Tomado de *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 299, 8 de noviembre de 1967.

Y al saber que estaba tomando clases particulares: “Ese es el moderno; no sirve. Estudie el clásico. Ahí está mi Llave. Machetéese los textos, analícelos, traduzca directamente. Para qué quiere profesor”.

Pero me quería aunque poco nos viéramos desde que dejó de ir a las sesiones de la Academia porque en ella “se perdía el tiempo”. Quitárselo en su casa me parecía un abuso. Nos escribíamos breves cartas —en náhuatl, como las dedicatorias con que me enviaba sus libros—; o en verso, cuando cada Navidad respondía a mi Soneto con uno suyo y me reclamaba “el otro”, el de circulación secreta que no todos los años he escrito.

Sabía leer en las líneas de la mano. Por eso no quería asomarse en ellas al futuro de sus amigos. A los desconocidos impertinentes, en cambio, los hacía disimuladamente escribir su nombre y algunas palabras. Con eso le bastaba para diagnosticarlos.

Esto dije en su sepelio, al borde de los labios de su tumba, cuando una luminosa mañana él emprendía el viaje al Mictlan —para transformarse en el *huitzitzil* que revoloteará siempre junto al sol y en mi recuerdo más reverente:

“Cumpla el doloroso deber que me impone la Academia Mexicana de la Lengua, al despedir en su nombre y con palabras que la más viva emoción dificulta emitir, a su miembro más querido y más eminente; al que deja en nuestra corporación el hueco abierto por su ausencia definitiva en el corazón de esta Patria que él amó y sirvió con la altura de su sabiduría y la generosidad de su alma.

Nadie como él penetró e hizo suyas, para trasmutarlas en vida y proyectarlas hacia el mejor futuro de México; para que en él volvieran a florecer; para que su savia nutriera nuestro mestizaje y propiciara nuestra más digna universalidad, las raíces profundas de nuestra cultura.

De la estirpe de los claros varones que en el siglo XVI realizaron con amor la fusión de la cultura de occidente con la sabiduría de los pueblos nahuas, el Padre Garibay supo trascender la obra humanística del único con quien se puede comparar la que él cumplió: del Sahagún que el Padre Garibay editó, y a cuyos informantes rindió permanente tributo.

Deja el Padre Garibay, sobre el tesoro de su sabiduría depositado en libros que honran y enriquecen a nuestras letras, el legado precioso de su ejemplo: el ejemplo de una vida de asiduo trabajo no interrumpido sino en el último instante. No hubo para él días sin línea, aurora sin horizonte. Tiempo y espacio fueron, sin límites, el ámbito a que asomó su indagación, que llenó con el fervor de un corazón que palpataba al ritmo de todas las formas en que el hombre ha manifestado la esencia de su divinidad sin fronteras.



Ahora entregamos, transidos de dolor, su cuerpo a la Tierra. El surco que lo aloje recibe la más noble semilla. Se ha ido a la tierra del rojo y el negro, en pos de la suprema sabiduría. Pero en nuestro recuerdo, como en el cielo de nuestra Patria, vemos ascender y fulgir, abriantado por nuestras lágrimas, faro y guía, el astro inmarcesible de su corazón”.

La revista *The Arts* (1920-31)

Lloyd Goodrich

Lloyd Goodrich (1897-1987) es mejor conocido por su asociación con el Whitney Museum of Modern Art y sus libros pioneros sobre pintores como Thomas Eakins, Winslow Homer y Edward Hopper, entre otros. En su juventud fue uno de los editores de la revista estadounidense *The Arts* y en este ensayo ofrece una visión personalísima de esta legendaria publicación, donde llegaron a colaborar Marius de Zayas, José Juan Tablada y Diego Rivera. Tomado de *American Art Journal*, vol. V, núm. 1, mayo de 1973. Traducción de Antonio Saborit.

En 1920, cuando apareció *The Arts* por primera vez, el mundo del arte en Estados Unidos era muy diferente al de ahora. El mundo académico seguía firmemente atrincherado; refractario a cualquier desarrollo posterior al impresionismo, tenía bajo su control los museos, las galerías de los marchantes, las grandes exposiciones nacionales y a casi toda la prensa que se dedicaba al arte. Dos nuevas fuerzas habían desafiado este dominio: la rebelión realista encabezada por Robert Henri y los movimientos modernos provenientes de Europa. Sólo que estas nuevas fuerzas estaban lejos de ganar la batalla. Los modernistas pioneros de Estados Unidos seguían batallando por reconocimiento. Un artista que no fuera de la academia se las veía duras para exhibir o vender su obra. Y emergía toda una generación más joven de artistas liberales y radicales, con pocas oportunidades de llegar al público, y sin un fórum para sus ideas. Las revistas de arte de Estados Unidos, con unas cuantas honrosas aunque ineficaces excepciones, se dedicaban